

Memoria y performatividad*

Por Martha Cecilia García V**

* Artículo recibido en septiembre de 2011.

Artículo aprobado en noviembre de 2011.

** Socióloga, investigadora del Cinep.

Este artículo sintetiza algunos de los hallazgos de una *investigación colaborativa*¹ adelantada con algunas y algunos miembros de Hijos e Hijas por la Memoria y Contra la Impunidad sobre la constitución, articulación y transformación de sus identidades, el entendimiento y la configuración de memoria colectiva, a partir de la observación de repertorios y escenarios de acción que podrían ser interpretados como *performances*, entre los cuales están ritos de duelo y memoria, carnavales, algunas opciones pedagógicas públicas no institucionales y expresiones alternativas del arte. Esta elección se basó en la idea de que, al analizar los rasgos visibles de los movimientos sociales –sus formas de enunciación, de denuncia, de lucha, de protesta–, es posible estudiar los modos a través de los cuales “expresan su sustancia” (Zibecchi, 2003, 38).

¹ Esta investigación colaborativa se aproxima a una “investigación de co-labor” (Leyva y Speed, 2008) por la toma de posición, consciente y explícita de mi parte, a favor del grupo, alineación que supone la identificación y compromiso en el ámbito político y, a la vez, mantener independencia y pensamiento crítico, en el terreno académico (ibíd., 75-76). Estos presupuestos guiaron la investigación, junto con el profundo afecto que siento por Hijos e Hijas y por H.I.J.O.S, y mi solidaridad con sus causas. Durante el proceso nuestros conocimientos, saberes y prácticas se pusieron en *diálogo* permanente y horizontal, en un constante aprendizaje *mutuo*. Profesé respeto al plantear al grupo preguntas, así como ante sus silencios y sus decisiones. Pero sería ingenuo no reconocer que también hubo tensiones derivadas, en parte, de los sentidos otorgados a la “utilidad” de emprender un trabajo de esta naturaleza (para qué, para quién, con qué finalidad), de una agenda compartida que se traslapaba con las saturadas agendas propias, y de los tiempos destinados al trabajo conjunto. Sea esta la oportunidad para agradecer a Hijos e Hijas y a H.I.J.O.S haberme invitado a sumergirme en sus memorias que, si bien son parte de mi propio pasado vivido, fecundan sus (nuestros) presentes y futuros.

Cuando estaba escribiendo el informe final de esta investigación, a mediados de 2011, se produjo una ruptura en la agrupación. Mientras unos conservaron el nombre de Hijos e Hijas por la Memoria y Contra la Impunidad, otros adoptaron la denominación de Hijos por la Identidad, la Justicia, contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S.), como las organizaciones que integran la red internacional del mismo nombre, a la cual se adscribieron desde octubre de 2010. Las dos agrupaciones siguen compartiendo la lucha por la memoria y la justicia, y su división no debería causar desazón. Los grupos se transforman gracias a la acción y la reflexión conjuntas de sus miembros; a la permanente resignificación de sus identidades, dada su estabilidad precaria, condicional y contingente; a la significación otorgada a discursos pasados y a reivindicaciones presentes —elementos centrales en la configuración de la memoria colectiva de las dos organizaciones— y a los modos como éstos se articulan.

En este rompimiento incidió la conjunción de diversas trayectorias personales y de múltiples tensiones intragrupales relacionadas con matices político-ideológicos que dejaron aflorar una característica propia de los grupos: la existencia de facciones y fracturas que propenden propensas a estrategias y tácticas de lucha divergentes, y de distintos conocimientos políticos obtenidos en estos años, durante los cuales, además de caminar, crecieron juntos. Aún es prematuro saber qué será de los trabajos de la memoria emprendidos por las dos agrupaciones después de su partición y, seguramente, se darán nuevas y divergentes interpretaciones que decidan su significación. En el texto que se presenta a continuación se indaga sobre aspectos que hacen parte del *pasado común* de las que hoy son dos agrupaciones distintas.

Introducción

“Es más importante entender que recordar, aunque para entender sea preciso, también, recordar”.

(Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado*).

Dice Jesús Martín Barbero que resulta paradójico hablar al mismo tiempo de jóvenes y memoria, sobre todo hoy, “cuando los adultos hemos hallado en la imputación de la amnesia a los jóvenes una de las más socorridas escapatorias a nuestra incapacidad de hacernos cargo de sus incertidumbres y desazones (...) Pero al unir jóvenes y memoria podríamos asumir la fractura generacional como una de las heridas más profundas que desangra a este país” (Martín Barbero, en Riaño, 2006, XVII). Estas palabras invitan a reflexionar sobre el lugar que nuestra sociedad le otorga a este grupo etario², con más razón cuando nos acercamos a Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad³, una agrupación de jóvenes –en su mayoría universitarios y noveles profesionales de clase media– que orienta su acción a la lucha contra la impunidad y a la reconstrucción de memorias colectivas, para apropiarse simbólica y políticamente⁴ de un pasado del cual no fueron protagonistas directos pero son sus herederos, como generación. Estos objetivos organizativos los sitúan en medio de un campo de conflicto en el que se disputa por el control de la produc-

² Desde finales de los años 60, cuando los jóvenes de América Latina irrumpieron en la escena pública como actores sociales con expresiones que manifestaban su conflicto con el orden establecido y con el modelo de juventud que la modernidad occidental les tenía reservado, han sido clasificados como “rebeldes”, “revoltosos”, “subversivos”, “delincuentes” y “violentos”. Se les ha visto con temor o romanticismo, se les ha invisibilizado políticamente, se les ha concebido como “víctimas propiciatorias” de la violencia urbana, aglutinados en tribus (Reguillo, 2000).

³ En adelante se citarán como HeH.

⁴ La dimensión política y ética de la entidad HeH, las bases de su identidad, su autoimagen como movimiento, el rechazo a una organización centralizada y jerárquica, entre otras características, la aleja de ser una tribu urbana, interpretada por Pere Oriol Costa como una agrupación en la que se combinan la búsqueda de reputación y afectividad con el espíritu de rebeldía y marginación, que se expresan a través de actitudes de contestación a la sociedad adulta o sus instituciones (Oriol Costa, 1996), y la distancia también del tipo de asociación juvenil que se asume como el espacio de socialización donde se satisfacen necesidades afectivas, expresivas e identitarias que les son negadas en la familia o la escuela, como las que estudian Marco Raúl Mejía y Diego Pérez (1996) o Yves Pedrazzini y Magali Sánchez (1992).

ción social de la memoria y la verdad histórica y por el “derecho” a preguntar por el pasado.

Hijos e Hijas: memoria colectiva que pretende negar la negación

“Es preciso dejar de negar y dejar de olvidar”.
(Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad).

Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad nació a mediados de la década de 2000, del encuentro de jóvenes, en su mayoría hijos e hijas de activistas sociales, de intelectuales y militantes de izquierda –“vivos unos, muertos otros”– que compartieron proyectos políticos de transformación de las condiciones de vida de la sociedad, en contravía del establecimiento, y fueron asesinados o desaparecidos, o se les vulneraron sus derechos fundamentales. “Somos hijos de las luchas y los dolores que ha sufrido la izquierda, debido al exterminio al que ha sido sometida en los años del conflicto” (Pnud, 2008, 14).

Para el grupo, la ideología dominante ha señalado a la izquierda como el “otro”, desconocido, estigmatizado, segregado, excluido, sobrante o innecesario⁵, en consonancia con el proyecto universalista de Occidente, a partir de “nociones hegemónicas como las de *hombre blanco, rico y adulto*” (Gómez y otros, 2007, 31), o con base en el temor al otro, que se convierte en la idea de que el otro es temible (Das, 2008, 139), o de acuerdo con la doctrina de la seguridad nacional, que construyó un discurso acerca de la peligrosidad de las organizaciones de izquierda para una sociedad estable que hubiese escogido el camino *correcto* de la democracia y la economía de mercado (Francisco Leal, citado en Gómez y otros, 2007, 31 y 36).

⁵ Y, quizás por ello, un otro al que se podía traicionar. “La traición se impuso como práctica de tratamiento de las esperanzas populares” (HeH, 2006b). Esta idea surge de la lectura de la monografía de grado de Natalia Ladino, *Disputando el pasado con/por el estado. Imágenes de estado construidas por miembros del movimiento Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad*, 2010.

Según Pilar Calveiro, politóloga argentina que entre 1977 y 1978 permaneció detenida en varios campos de concentración de su país, “en América Latina, el *Otro a eliminar* se construyó como otro político, caracterizado como subversivo. Bajo esta denominación se asimiló a una serie de *otros*: todos aquellos que representarían una alternativa para el proyecto hegemónico norteamericano” (Calveiro, 2006, 6).

La condición de otredad política de la izquierda también ha sido instaurada en los discursos de la historia hegemónica de nuestro país, cuyas “nociones del pasado reciente niegan el carácter político de la lucha de nuestros padres y madres, sus fundamentos, su trayectoria, su vida”, y por esa vía se les rehúsa un lugar en la memoria del país. Y es que precisamente por su significado político se les asesinó, se les desapareció o se les vulneraron sus derechos, constituyéndolos en víctimas. Así se denegaba “el principio político que representaban las personas elegidas como víctimas” (Arregi, 2004, 34).

La negación de la participación social y política de quienes son concebidos como enemigo es un elemento central en la construcción de su representación social. La ausencia de reconocimiento es una de las raíces de la enemistad (Todorov, 2008), y esta falta o este falso reconocimiento “puede ser una forma de opresión que aprisione a alguien en un modo de ser quimérico, deformado y reducido”, lo que afecta la identidad (Taylor, citado por González Alcantud, 2000, 29).

En su investigación sobre la manera como se construyó *el otro y el semejante*, de conformidad con el discurso del poder conocido en Argentina durante la década de los 70 y con sus impactos sobre los modos como los jóvenes de aquella época y de la actual, a partir de la memoria, construyen la subjetividad y la identidad social y deciden su acción política, la psicóloga argentina Graciela Castro encontró que “las dictaduras del Cono Sur identificaron a la juventud de los 70 (jóvenes pelilargos y marxistas) con la noción de peligrosidad que, por tanto, debía ser rechazada, cuando no destruida por el poder” (Castro, 2007, 19).

En Colombia ocurrió otro tanto y la concepción de peligrosidad de la juventud de izquierda se acompañó de la idea de anormalidad, como señala HeH:

“... nuestros padres y madres han sido valorados... [como] hombres y mujeres que desde una *irracionalidad* incomprensible se dedicaron a provocar la inestabilidad de[] orden social... [como] personas que en una *actitud anormal*, se enfrentaban a una sociedad que no los comprendía ni los aceptaba, para llevar a cabo *acciones sin sentido, sin objetivo coherente*. [Así se ha construido] una serie de representaciones acerca de las características culturales y políticas de las personas que decidieron tomar un camino que para nosotros es el de la legítima búsqueda de una democracia diferente. Pero esas vidas, esas apuestas, esos proyectos de transformación fueron cercenados a través del ejercicio de diferentes formas de violencia: desde la física, la forma más evidente, hasta la negación de la historia que ellos construyeron. Nosotros crecimos en esa historia y nuestra experiencia, tal y como sucedió con la historia, ha sido negada, pero además de eso fragmentada, convertida en recuerdos desarticulados en las vidas de las familias, de los partidos, de los sindicatos, de las organizaciones sociales [...] Nuestra vida se sitúa en los intersticios de los silencios de la historia hegemónica [...] la negación de esa historia es la negación de nuestra propia vida, de nuestros sueños y nuestras apuestas, de las decisiones que tomamos y los caminos que elegimos [...] esos silencios nos han obligado en momentos a callar y en otros nos han producido rabia” (Gómez y otros, 2007, 35-37. *Itálicas más*).

Ratificar, de manera colectiva, que tal negación es parte sustantiva del contexto en el cual se formaron sus subjetividades permitió a HeH constatar que pertenecen a una misma generación –cuyas historias personales no son historias particulares de la vida privada, asuntos familiares que se debían ocultar, de los cuales no se hablaba en público– sino que hacen parte de la historia viva del país⁶. Esto forjó un sentimiento de identificación y propició la construcción de una “comunidad de memoria”⁷ que busca de manera persistente y política hacer hablar a los silencios de la historia.

⁶ Testimonio de Daniel Chaparro, en Pnud (2008, 14).

⁷ Comunidad que emerge de la exploración colectiva del pasado a través de historias compartidas, donde las prácticas de memoria cubren un continuo entre descripción, experiencia sensorial y reflexión analítica, que permiten a los individuos construir significados y fortalecer vínculos sociales y de identificación mutua (Riaino, 2006, liii-liv).

El grupo fue el terreno colectivo que permitió la germinación de la “semilla de la rememoración” (Halbwachs, 2004)⁸ y el despliegue del “sistema de interrelaciones de memorias individuales” que constituye la memoria colectiva⁹, según la define Roger Bastide: “Si el otro es necesario para recordar, esto no sucede porque ‘yo y el otro’ nos sumergimos en el mismo pensamiento social, sino porque nuestros recuerdos personales se articulan con los recuerdos de otras personas en un juego muy regulado de imágenes recíprocas y complementarias” (citado por Candau, 2002, 62). Tal proceso de reconstrucción de memoria colectiva “produce también el placer de la *communitas* como algo más amplio que uno mismo, un sentido de confraternidad” (Bonaldi, 2006, 148), que HeH expresó así:

“Nuestro primer objetivo se basa en el reencuentro, en una lucha contra la muerte que pretendió dividirnos a partir del miedo, el aislamiento y el silencio, construyendo una relación entre nosotros que se basa en la ética, la solidaridad y la comprensión de la realidad del otro, como hijo e hija, en sus aspectos comunes, así como en un sinnúmero de diferencias, incluso antagonismos, que, lejos de impedir relacionarnos, nos enriquecen¹⁰. A partir de allí esperamos darnos a nosotros mismos el diálogo impedido, y de la misma forma, construir un espacio de crítica sobre nuestro pasado y presente. Todos, juntos, hacemos causa común, por la memoria y contra la impunidad” (HeH, s.f. a, 1).

“Si la sociedad ha negado las deudas históricas que tiene con muchos de sus ciudadanos, aquí nos proponemos vivir en la afirmación de la historia, para que no siga como deuda” (Pnud, 2008, 14).

Estas declaraciones de HeH evidencian que su búsqueda por “materializar el compromiso moral de reivindicar sus memorias”¹¹ (Pnud, 2008, 14), no

⁸ Peter Burke, con base en los marcos sociales de la memoria de Halbwachs, afirma que son los individuos los que recuerdan en sentido literal, físico, pero son los grupos sociales los que determinan lo que es “memorable” y cómo será recordado (Burke, 1997, 44).

⁹ Sobre diversas interpretaciones de la expresión “memoria colectiva”, véase Aguilar (2008, 43-52).

¹⁰ HeH considera que el reconocimiento de lo común y de lo diverso es un pilar democrático del grupo y sustenta la construcción de un orden social y político realmente incluyente (Gaviria et al., s.f., 2).

¹¹ Las de sus padres y madres, las propias y las sociales.

implica *combatir el olvido* sino *inscribir* en la memoria colectiva las identidades políticas y las luchas de sus progenitores. “Sólo se olvida algo que ya es o ha sido objeto de memoria”, advierte Mario Figueroa a propósito de la masacre de las Bananeras, cuyo recuerdo no se fue perdiendo con el paso de los años, porque este hecho nunca fue registrado en la memoria de los habitantes de Macondo (Figueroa, 2009, 181).

La “bocanada de memoria” –que implica el deseo del sujeto, pero solo puede expandirse “en el tejido de las imágenes y del lenguaje” anudado por el grupo (Candau, 2002, 66)–, se presentó para HeH cuando en el país comenzó a hablarse de los derechos a la verdad, a la justicia y a la reparación¹². “Después de años de silencio impuesto, cada vez se escucha con mayor fuerza la voz de las víctimas de crímenes de Estado y del paramilitarismo, pero también de los diferentes sectores sociales que comenzamos a comprender que la memoria es un punto de encuentro para la dignificación, la justicia, la no repetición, y un elemento fundamental en la superación de nuestro conflicto” (HeH, 2008a)¹³.

A partir de entonces, el grupo decidió participar en una enconada discusión pública que delinea dos polos: uno que reconoce la importancia de la verdad y la memoria para la sociedad porque sin ella ni las víctimas pueden hacer el duelo, ni la sociedad puede construir un futuro donde la guerra que hemos vivido no se repita, y otro para el cual la memoria y la verdad son cargas que no sirven sino para reabrir las heridas, por lo cual se invita a pasar la página¹⁴

¹² Sobre los “motores” que contribuyen a la reactivación de la memoria en el país, véase Antequera (2009b, 94).

¹³ HeH recibió un impulso inicial de las experiencias de lucha de los familiares de las víctimas del terrorismo de Estado bajo dictaduras o guerras, y de agrupaciones como HIJOS Argentina, Uruguay, Guatemala, Chile y Holanda, que han reclamado verdad y justicia en contra del olvido y el silencio.

¹⁴ Las hermanas García Méndez, pertenecientes a HeH, revelan en un documento leído en la conmemoración del 15º aniversario de la masacre de Caño Sibao (municipio de Granada, departamento del Meta), donde fue asesinada su madre, María Mercedes Méndez, alcaldesa por la UP de El Castillo (Meta), que “Después de un montón de recuerdos que generan otro montón de sentimientos, uno alcanza a preguntarse si no es más fácil pasar la hoja del libro y hacer como si nada hubiera pasado. Recordar no es sencillo, eso lo sabemos porque lo sentimos”. Pero ellas optaron por reconstruir la historia, como una necesidad “cuando los procesos jurídicos no contribuyen a esclarecer los hechos, cuando hay impunidad”.

y a decir “silencio, que ya pasó” (Gavira et al., s.f., 3). Esto no significa que el primero defienda la memoria y el segundo la deseché. Lo que el actual debate muestra es la disputa entre construcciones de regímenes de verdad diversos y adversos, la lucha entre discursos producidos y controlados institucionalmente, agenciados por grupos dominantes que pretenden monopolizar su producción y circulación, prescriben sus significados y se arrojan el derecho a hablar, y otros que, aunque han sido silenciados y estigmatizados, emergen de formas de resistencia contra esos poderes, cuestionan tanto la “verdad” que se pretende imponer como hegemónica, como los sistemas de poder que la producen y mantienen y los efectos de poder que la acompañan.

En sus cartas de presentación, HeH se comprometió con las generaciones pasadas, presentes y futuras a mantener viva la esperanza, a ser “guardianes de la memoria”¹⁵, haciendo llamados a recordar el aniquilamiento, los crímenes de lesa humanidad, la violación sistemática de los derechos a la que ha sido sometida la oposición política en el país, reiterando que lucharán contra la complicidad del silencio y contra la impunidad y contribuirán a deslegitimar socialmente a los victimarios.

Según Beatriz Sarlo, pugnar por la memoria como programa explícito —a la manera de HeH— es posible porque vivimos en una “era de la memoria” que responde a un “tema cultural” que se entrelaza con la política, y porque hay condiciones ideológicas que lo sostienen, entre ellas el “giro subjetivo”¹⁶, entendido como un reordenamiento ideológico y conceptual reciente que le reconoce un lugar a la subjetividad, a la verdad que alberga la rememoración de la experiencia en la reconstrucción y entendimiento del pasado, ya sea para conservar el recuerdo o para reparar una identidad lastimada. Este giro, que reconoce los derechos y la verdad de la subjetividad, restaura la *razón del sujeto*, que en décadas precedentes se consideraba mera ideología y ahora ha permi-

¹⁵ Término acuñado por Bonaldi para referirse a la manera como se mostró HIJOS Argentina en sus primeras declaraciones (Bonaldi, 2006, 155).

¹⁶ Este “giro subjetivo” coincide con una renovación semejante en la sociología de la cultura y los estudios culturales y acompañó desde la sombra al “giro lingüístico” (Sarlo, 2006, 22).

tido que la identidad de los sujetos tome el lugar que anteriormente ocupaban las estructuras (Sarlo, 2006, 21-26).

La “cultura de la memoria” ofrece ventajas para inscribir en las agendas públicas temas referidos a las violaciones de los derechos humanos, la justicia y la responsabilidad colectiva, pero también se corre el riesgo, ya sea de convertirla en exitosas operaciones de mercadeo o de transformación de la memoria en objeto de museo, o de aprovecharla políticamente como sustento agresivo de políticas chauvinistas o fundamentalistas, como lo ha advertido Andreas Huyssen (2002, 15).

Ante esta advertencia hay que resaltar que HeH no solo propugna recuperar-recordar el pasado —el deber de recordar—¹⁷, sino que asimismo plantea cuál es el uso que debe dársele a la memoria, el papel que debe desempeñar el pasado en el presente, que no es precisamente el de regir el presente ni el de constituir un culto a la memoria, sino el de develar la razón de las injusticias sufridas y aprovechar las lecciones aprendidas para luchar contra las que se producen hoy en día, para estar alerta frente a situaciones nuevas y sin embargo análogas, y para darle un *uso ejemplar* a la memoria, que no es otro que la justicia (Todorov, 2008, 53)¹⁸.

¹⁷ Existe un debate en torno al deber de recordar y el derecho al olvido, que ejemplifico con las siguientes sentencias: “En democracia, recobrar el pasado es un derecho legítimo pero no debe convertirse en un deber” (Todorov, citado por Aguilar, 2008, 36) y “Sin memoria es impensable una acción de futuro liberadora y humanizadora” (Arregi, 2004, 30). Sarlo, por su parte, advierte que cuando se acepta que la memoria es un deber y una necesidad jurídica, moral y política pero no se acompaña con un examen crítico de la narración de las víctimas, se corre el riesgo de fetichizar la verdad testimonial. Por eso él insiste en la necesidad de someter a escrutinio ideológico todas las narraciones sobre crímenes en periodos de exacerbación de la represión, sobre hechos acaecidos en los años precedentes y sobre aquellos que parecen ajenos a la represión de la cual son contemporáneos. Este llamado no desconoce que también existe un “fetichismo documental de la ‘historia científica’” (Sarlo, 2006, 62-64).

¹⁸ Tomo esta idea de Todorov aunque no comparto la ausencia del tema del poder en sus reflexiones, ni su mirada eurocéntrica, a partir de la cual afirma que la memoria desempeña distintos papeles en sociedades occidentales-modernas y tradicionales, los valores “universales” que se esconden detrás de su discurso liberal (la idea de progreso, de ascenso perenne y de perfectibilidad del ser humano) y la tajante distancia que establece entre subjetividad y discurso racional, entre realidad histórica y representaciones ideológicas.

Las referencias anteriores también permiten constatar que HeH es una agrupación que se inscribe en el aire de los tiempos, cuyo halo se percibe en la estructuración de sus discursos y acciones encaminados a afrontar una política de memoria instaurada en el país que ha ejercido violentos silencios, a participar en la batalla por imprimir significados diferentes a los sentidos del pasado y por reconocer los procesos políticos alternativos silenciados o exterminados, y a asumir la lucha contra la impunidad. Pero esta verificación no debe ensombrecer el hecho de que HeH emprendió trabajos de la memoria a partir de un conocimiento y un *locus* de experiencia (Foucault, 1995) que le son propios.

Memoria generacional más que memoria de víctimas

“Somos generación consciente, somos fuerza de memoria”.
(HeH, 2006b).

Para la agrupación, el tema de la generación tiene que ver con el hecho de compartir una experiencia histórica común¹⁹: ser hijos e hijas de padres y madres cuyas historias están atravesadas por un dolor que debe ser reconocido y resignificado. “Como jóvenes, reclamamos que sea posible ver el dolor y, a través de él, ver la esperanza [...] Ser hijo de quienes han sido asesinados en Colombia por defender los derechos humanos es doloroso, pero llevamos el orgullo de que nuestros padres quisieron transformar este país en uno más justo. Por eso los mataron. Y por eso Hijos e Hijas por la Memoria y contra

¹⁹ En este caso vale la pena recordar que Mannheim rechazó la concepción de generación como entidad homogénea y habló de “unidades generacionales”, que pueden formarse tras haber experimentado algún acontecimiento peculiar que les ha afectado especialmente y que en adelante les sirve de elemento aglutinante (Mannheim, 1993, 223). Aróstegui, por su parte, sostiene que las generaciones engendran en su seno contradicciones que, en parte, emanan de las potencialidades y recursos sociales e ideológicos que poseen distintas fracciones generacionales en cada momento histórico para imponer como hegemónica su propia percepción del mundo y, a la vez, habrá segmentos del mismo grupo de edad con posiciones alternativas y contrapuestas a tal visión (Aróstegui, 2004, 136-137).

la Impunidad recuperamos su memoria” (Pnud, 2008, 14). Y la de otros que hacen parte de los exterminados: “...al final, algo sí cambió desde aquel 19 de mayo de 1997. Nos floreció la vida y la memoria, los hicimos nuestros muertos [...] Ustedes, Mario y Elsa, y el resto de las estrellas, nos unieron las gargantas [...] Nos enseñaron la eterna lucha por ser mejores. SUYOS...Hijos e Hijas por la memoria y contra la impunidad” (HeH, 2007a).

HeH se considera parte de una generación que nació y vive en medio de la guerra, pero que rehúsa la marca de “doliente” que recae sobre la juventud victimizada, y la descontextualización de los procesos de victimización sufridos. Por ello rechaza las propuestas de modelos de atención psicosocial que pretenden sanar psicológicamente las heridas que solo se resuelven en el mundo político²⁰, porque allí tienen su origen y, en cambio, se han propuesto contribuir a elaborar un diagnóstico sobre las vulneraciones a los derechos humanos y sus impactos, que rebase “la conclusión del horror” y declare “una perspectiva histórica y política de los daños de que hemos sido objeto” (HeH, 2007b). Con mayor o menor experiencia directa frente a esa historia reciente, los miembros de HeH han recurrido a la memoria para tomar parte en una lucha presente por recuperar y entender un legado histórico que da cuenta de los dolores, sufrimientos y tragedias, producto de la victimización, y de las luchas sociales y los proyectos que aquella truncó²¹.

Es por esto que en su discurso cobra centralidad el reconocimiento de que ha llegado “el tiempo de las víctimas” y la necesidad de contribuir a transformar la noción que de ellas tiene nuestra sociedad. Conuerdan con Reyes Mate en la idea de que la visibilidad actual de las víctimas consiste en haber logrado que su sufrimiento signifique injusticia, lo que está relacionado con un nuevo

²⁰ Algunos consideran que las fórmulas de tratamiento psicosocial requieren no solo del conocimiento experto en psicología sino, sobre todo, de conocimientos históricos y políticos. Organizarse y trabajar políticamente les ayuda a sentirse dignos, a valorarse, a reencontrarse con su propia historia, en tanto que cientos de trabajos que se hacen hoy *con* o *sobre* víctimas no logran su reparación simbólica, la cual se lograría si algunos de los sueños de sus progenitores se alcanzaran.

²¹ Esta voluntad expresa de recordar y entender está en consonancia con la idea de Sarlo (2006) que se menciona en el primer epígrafe de este artículo.

concepto de memoria, que otorga valor hermenéutico a aspectos de la vida y de la política que antes se concebían carentes de capacidad para dar sentido al conjunto de las acciones humanas. Esta concepción de memoria enfrenta el “asesinato hermenéutico”, que consiste en que quien mata se empeña, además, en “privar de sentido, en quitar importancia a esa muerte” (Reyes Mate, 2008, 24-26).

Tanto las declaraciones como las acciones de HeH evidencian que, con su noción de memoria, se proponen salvar el sentido de la muerte; al explicar ese daño infligido a otro como una injusticia, enfrentan el “desprecio hermenéutico” sobre el “ejercicio de la violencia sistemática” que ha fragmentado la memoria y lo político, y asumen su lucha como un proyecto contrahegemónico, como “construcción colectiva de una sociedad digna donde la exigencia de la verdad y la justicia no es una tarea única de los familiares: todos somos hijos e hijas de esta historia en conflicto” (HeH, 2009).

Según HeH, además de la emergencia de este nuevo concepto de memoria, existen otras razones propias de América Latina para que éste sea el tiempo de las víctimas: la movilización social de grupos étnicos para vindicar la memoria larga de sus luchas de resistencia al genocidio de la Conquista y a la colonización, y la resistencia de organizaciones sociales y redes a las vulneraciones sistemáticas y masivas de la dignidad humana y a su olvido, con la bandera de la memoria (Antequera, 2009a, 19-21).

Y es que para HeH, gracias a la memoria de las víctimas²², su condición de tales las transforma en sujetos políticos. En el país, muchos consideran a las víctimas como seres sumidos en la pobreza y la desesperanza, prestos a reclamar una indemnización²³. Cuando expresan sus reivindicaciones, las acusan de vengativas y se les niega tener conciencia de sus derechos.

²² Según Reyes Mate, la mirada de la víctima es necesaria para descubrir la verdad, porque al conocimiento de la realidad le añade la visión del lado silenciado y privado de significación: una experiencia de sufrimiento y de lo que ella significa. La memoria de las víctimas es la posibilidad de acabar con la impunidad, abrir el camino a la justicia y dar la voz de alerta frente a la comisión de nuevos crímenes (Henríquez, 2009, 56).

²³ “No aceptamos el que se nos reduzca a víctimas reclamantes de indemnizaciones” (HeH, 2006b).

Otros reconocen como víctimas solamente a las de las masacres, o las hacen blanco de la estigmatización, al establecer diferencias entre víctimas “inocentes” y “culpables”. En todo caso, se les arrebató su significado político para “ubicarlas en la pura abstracción para que no estorben en la construcción del futuro [...] para que su asesinato [o la vulneración a sus derechos] no tenga consecuencias políticas. Todo un proceso de limpieza del pasado para que no tenga ni presente ni futuro” (Arregi, 2011). Lo significativo de las víctimas es el hecho de haber sido reducidas a esa condición (Reyes Mate, 2008, 33). HeH agregará: la victimización asesina también la dignidad.

“Nuestra realidad común rebasa totalmente nuestra naturaleza de víctimas, porque la memoria que queremos rescatar también está compuesta de orgullo por las luchas de nuestros padres y madres, vivos y muertos, y también por una conciencia crítica sobre lo que han sido los procesos de organización social, que necesitan de un nuevo impulso generacional y ético que comienza a verse reflejado en nuevos lenguajes para expresarnos y nuevas formas de relacionarnos” (HeH, 2008b).

El acento en la generación se evidencia en los compromisos que asumió la agrupación en sus proclamas, para impugnar aquella memoria tergiversada que se pretende que los jóvenes de hoy transmitan a las siguientes generaciones: “[Nos comprometemos] a continuar con la reconstrucción de la memoria histórica a partir de la discusión pública, el reencuentro y la suma de todos aquellos que quieran “disputarle al olvido la hoguera del porvenir” (HeH, 2006a). “Nosotros y nosotras, como generación, proponemos una mirada que se fundamente en una consideración clara sobre el papel que queremos jugar como jóvenes en la transformación necesaria de nuestro país” (HeH, 2009, 75).

Fincar su identidad en la categoría de *generación* posibilitó que HeH creciera por la adhesión de hijos e hijas no solo de víctimas, sino también de toda

una generación de hombres y mujeres de izquierda que fueron silenciados²⁴, para conformar un espacio de encuentro de personas con ideas políticas diversas, enmarcadas dentro de concepciones de izquierda —no por ello exentas de sectarismos—, que se concibió como un lugar de pertenencia carente de autoridades, jerarquías y estructuras formales²⁵, con un proyecto ético-político innovador y tal vez vanguardista en la lucha por la memoria y contra la impunidad (HeH, s.f. b, 2).

La imagen proyectada por HeH como “generación consciente y fuerza de memoria” no corresponde a la de una organización de víctimas, sino a la de un colectivo simbólico constituido a partir de sentimientos subjetivos de pertenencia e identidad, que se define y es definido en relación con una temporalidad, con quienes vinieron antes y quienes los van a suceder después. Seguir recordando en el ahora busca insertar el presente en una tradición de lucha social en la que se reconocen, aunque le den un sentido propio (Jelin y Sempol, 2006, 15).

Sin embargo, no hay que olvidar que cada generación construye sus propios relatos sobre el pasado, y tanto su significación como su singularidad, al ser legadas a otra generación, se ven sometidas a las modificaciones propias de la transmisión: a “la remodelación del pensamiento que se efectúa en el pasaje de una a otra” (Kaufman, 2006, 51), y que los “imaginarios de época” del pasado hacen parte de las tensiones entre lo legado y lo que se apropia y reinterpreta del mundo. Si la transmisión es un imperativo social —un mecanismo de

²⁴ A diferencia de HIJOS Argentina y Uruguay, que surgieron como agrupaciones exclusivamente de hijos de detenidos-desaparecidos y que construyeron su identidad a partir de esta filiación por lazos de consanguinidad. Según Bonaldi, en HIJOS Argentina hubo dos reparos para resistir la incorporación de quienes no eran hijos de desaparecidos: la posibilidad de un masivo crecimiento, que pondría en riesgo el control de la agrupación, y el miedo de perder la identidad, de que se diluyera lo “propio de los hijos” y se deslegitimara su posición frente a la sociedad (Bonaldi, 2006, 175).

²⁵ Bonaldi también afirma que la idea de horizontalidad y la desconfianza frente a organizaciones centralizadas y burocráticas expresan un clima de la época; en el caso de HIJOS Argentina, la militancia juvenil fue más proclive a adoptar estructuras organizativas laxas y flexibles, sin relaciones de subordinación entre sus miembros, lo que facilitó la coexistencia dentro de esta agrupación de intereses y orientaciones políticas muy diferentes (Bonaldi, 2006, 170).

constitución y recreación permanente de los lazos sociales, y de identificación para la ampliación intergeneracional del “nosotros”—, en los casos en que la sucesión entre las generaciones se ve alterada por la irrupción de violencias que provocan pérdidas y fracturas que alteran la propia cadena de transmisión, ésta se vuelve más urgente y necesaria (Oberti, 2006, 74).

Entonces, ¿qué pasa cuando el eslabonamiento generacional se trunca y cuando la ausencia violenta de parte del núcleo familiar y los silencios que se imponen sobre esos hechos impiden enlazar sentidos de pertenencia, saberes y capital simbólico entre diferentes generaciones?; ¿qué ocurre cuando el trauma superpone retazos del pasado, dudas e incertidumbres sobre la realidad de lo vivido, silencios, duelos irresueltos, sentimientos de culpa?²⁶ Judith Kestemberg denomina a estas transmisiones quebradas como *transposición generacional traumática*, y la describe como un vivir en dos temporalidades: el presente propio y el pasado de los padres. Una generación asume como propia la historia de otra u otras anteriores. Por ello, historiar la experiencia límite, reconstruir la historia, formular una nueva narrativa, articularla con la realidad y transferirla a otros permite exteriorizar y comunicar la experiencia traumática de las vulneraciones a los derechos humanos. “La reconstrucción, que no puede reparar lo irreparable, juntará pasado y presente, zanjando los huecos de sentido que dejaron la experiencia traumática y sus marcas [...] Dar a la palabra, a la escucha y a la ley los espacios jurídicos y públicos de reconocimiento y legitimación, inscriben en la subjetividad efectos de reparación real y simbólica” (Kestemberg, citada por Kaufman, 2006, 61-62).

Huellas del trauma vivido por la mayoría de miembros de HeH se encuentran en sus exposiciones sobre los blancos de sus luchas: contra el silencio “que encubre la existencia y niega lo innegable”; contra el miedo que impone “la idea de que la única posibilidad de vida se encuentra en el acto de mirar hacia otro lado, de cerrar los ojos, taparse los oídos y esperar a que pase la

²⁶ Preguntas que surgen de mi lectura de Sarlo y Kaufman.

turbulencia. Hacer como si no pasara nada”; contra la muerte que “intenta emerger poderosa, apoyada por el silencio y la negación de una realidad que a nosotros nos golpea todos los días”; contra “el discurso pacificador de la nación que tiene como máxima acabarnos a todos” o, al menos, otorgarnos “la suerte del desterrado, del paria”. En el acto de ir contra “ese silencio que se convierte en miedo”, contra “la normalidad de la muerte sobre nosotros”, HeH se dispone a “sacudir, de una vez por todas, la impostura de la naturalización de la violencia. En los límites de lo que quieren negar nos hemos parado todos, dispuestos a recordarles que ahí estamos, que en cualquier momento vamos a reventar esos límites y no podrán detener lo que somos, lo que hemos sido, lo que seremos” (HeH, 2008c. Subrayado en el original).

La devastación sufrida también se expresa en declaraciones de identidades en las que abrazan a un amplio grupo de subalternos —al estilo del Subc. Marcos—:

“...somos estudiantes en el país que silencia el pensamiento; somos los que denuncian a los paramilitares y a los agentes del Estado que agencian el sometimiento con la muerte y el miedo; somos comunidades indígenas y negras en el país de la uniformidad y la traición a las esperanzas; somos campesinos en la tierra del despojo; somos amantes donde no terminan de eliminarse las exclusiones; somos los hijos y las hijas de quienes han sufrido el asesinato, el desplazamiento, el exilio, la desaparición, el genocidio y la tortura. Somos Hijos e Hijas de una misma historia” (HeH, 2008b).

Estas declaraciones de HeH dejan la idea de que el grupo se propone reconstruir memoria histórica también para superar la transposición generacional traumática. Regreso a las palabras de Martín Barbero: estos jóvenes, con sus trabajos de memoria, enfrentan la fractura generacional “como una de las heridas más profundas que desangran a este país”.

La reconstrucción social de la memoria: ética, política y cuestionamiento del orden social

“Por más que les pese, la memoria crece”.
(Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad).

HeH aboga por construir una política de la memoria democrática²⁷, en un proceso social y político continuamente elaborado desde abajo y hacia adentro, que logre entrelazar las cada vez más fragmentadas y conflictivas políticas de la memoria de etnias y grupos sociales y esté vinculado a las luchas sociales y a la defensa de la dignidad. La propuesta de HeH, entonces, no se enfoca en la construcción de memorias parcelarias con la pretensión de nutrir la identidad de los grupos que las poseen o que las reinventan, ni en propiciar la afectividad individualista, el tribalismo o, recordando a Mefessoli, el comunitarismo “emocional”.

Para el grupo, reivindicar la memoria y luchar contra la impunidad es una opción ética que, además de ayudarles a comprender el mundo, se constituye en un asunto estratégico que se resiste a los relatos cómodos, cuestiona el orden hegemónico y se encamina hacia una transformación social donde la reconciliación se base en la verdad, la justicia, la reparación integral²⁸ y la memoria como caminos hacia la democracia (HeH, 2006a), que incluya la dignidad y la justicia social y económica (HeH, s.f. b).

²⁷ Frente a esta declaración de HeH cabe preguntarse, con Hugo Achúgar: ¿es posible una memoria democrática?, ¿cuál sería la memoria no autoritaria?, ¿democracia es sinónimo de consenso?, ¿es deseable una memoria consensuada? (Achúgar, 2003, 193).

²⁸ Cuando se reclama al Estado –y a la comunidad internacional– el esclarecimiento de genocidios, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, se les está exigiendo el cumplimiento de una serie de obligaciones: el deber de investigar, perseguir y castigar, que es el “derecho a la justicia” que tienen las víctimas y sus familias; la obligación de revelar a las víctimas y la sociedad todo lo que pueda saberse con certeza sobre las circunstancias del crimen, incluida la identidad de los perpetradores e instigadores, todo lo cual hace parte del “derecho a la verdad”; la obligación de ofrecer a las víctimas o a sus familiares algún tipo de reparación, que no debe limitarse a una compensación monetaria; por último, sean o no castigados los perpetradores, el Estado tiene el deber de excluir de las filas de las fuerzas de seguridad a los agentes cuya participación en esos crímenes es conocida (Méndez, 2007).

Los trabajos de la memoria²⁹ emprendidos por HeH, como toda práctica social, están incrustados en una compleja red de relaciones de poder que determinan lo que es recordado u olvidado, por quién y para qué fin (Gillis, 1996), donde se batalla no solo por los sentidos del pasado³⁰ —que también son combates por la identidad (Sarlo, 2006, 27)—, sino por la producción social y cultural del tiempo, y por la construcción y reproducción del orden social.

Lechner y Güell argumentan que la memoria vincula el pasado y el futuro como parte de un doble proceso: la producción del tiempo y del orden social. Las memorias y esperanzas colectivas tienden un puente entre el tiempo real de la vida cotidiana y el tiempo más abstracto y general del orden común, con lo cual contribuyen a dotar de legitimidad o a cuestionar el orden social. Y, a su vez, los códigos básicos que definen este orden operan también como criterio de selección e interpretación de las memorias, olvidos, experiencias y esperanzas. Al situar al presente en la tensión de pasado y futuro (de experiencia y esperanza), la sociedad moderna toma distancia de la contingencia de lo inmediato y enfrenta la realidad como *un orden moldeable* (Lechner y Güell, 2006, 17-20).

“Lo que se recuerda y se olvida responde a una lógica de poder que reconstruye el pasado constantemente con un objetivo en el presente, es decir, buscando definir un orden social sustentado en narrativas particulares del pasado” (HeH, 2009, 30).

“Lo que nos queda después de una experiencia, es más que el recuerdo, es toda una concepción, tanto subjetiva como social, de los hechos vividos, concepción que guía el accionar dentro de una cultura. Hijos/as hacemos un alto

²⁹ Elizabeth Jelin acuñó el término para referirse al trabajo “sobre y con” las memorias y recuerdos que realizan sujetos activos en procesos de transformación simbólica y de elaboración de sentidos del pasado, que implican no solo la realización del duelo (en el campo individual) sino también la reflexión activa colectiva sobre el pasado y sus sentidos para el presente y el futuro (Jelin, 2002a).

³⁰ Así se confronta aquel entendimiento de la temporalidad histórica que es heredado de políticas de la memoria decimonónica y fue reactualizado solo bien entrado el siglo XX, y que no corresponde tanto a la necesidad de *comprender* el pasado como a la de administrar el presente, con una medida del tiempo que se imbrica con el disciplinamiento del cuerpo productivo (Carretero, 2007, 219).

en el camino para revisar nuestra historia, hacer presente la lucha de nuestros padres, *rectificar los errores del pasado*, recordar que somos una generación con una disputa negada, y reiterar que estamos vivos, que somos jóvenes y que no olvidamos, nos encontramos en el malestar, no para padecerlo, *sino para curar las heridas a partir de la creación*". (HeH, s.f. c. Itálicas mías).

Las anteriores reflexiones dan cuenta de la intención de HeH de moldear el orden (pasado, a través de la crítica a los errores y de la reactualización de las luchas de sus padres³¹, y presente, a partir de la creación). Y, además, permiten pensar que en el caso de esta agrupación se presenta otra forma de tomar parte en la producción social y cultural del tiempo: a través de la pretensión, como miembros de una generación, de establecer un diálogo cara a cara con la de sus padres y madres.

Si, como señala Walter Benjamin, el shock de la guerra ausentó no solo el relato de lo vivido sino la experiencia misma como suceso comprensible, el recurso a la memoria de las víctimas y a su voz pública, es decir, su constitución como testigo, permite traer su experiencia al "tiempo de ahora" —sin olvidar que la narración inscribe la experiencia en una temporalidad del recuerdo distinta a la temporalidad de su acontecimiento—, y pone en evidencia que la historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío (Benjamin, 1991 y 2004).

Memoria y performatividad en HeH

HeH declararon ser un movimiento cuyos miembros compartían "el deseo de construir nuevas propuestas y apuestas colectivas que conduzcan a través del trabajo político, social, académico, cultural y artístico a la solución política negociada al conflicto en Colombia" (Planeta Paz, 2006). En consonancia,

³¹ La reivindicación del sentido de las luchas de sus padres y madres porque las de HeH pueden ser muy distintas, aunque "siguen vigentes las situaciones que ellos quisieron transformar hace años, como la necesidad de garantizar los derechos" (Pnud, 2008, 15).

HeH se dieron a la tarea de renovar las formas de enunciación, de protesta, de denuncia, de rememoración³², para expresar y *actuar* el sentido que le otorgan al pasado.

Entre ellas se destacan las declaraciones, ponencias³³, foros³⁴, y conmemoraciones inscritos en campañas por la memoria³⁵, en los que se ha desplegado un conjunto de formas expresivas³⁶ y de dispositivos y estrategias performativos³⁷ que tienen una enorme capacidad para exorcizar colectivamente la nostalgia, transmitir memoria, hacer reclamos políticos y producir conocimientos. Los dispositivos performativos también constituyen prácticas de resistencia contra el poder normativo que pretende regular el recuerdo³⁸, porque llevan a la escena pública las memorias y representaciones colectivas que se izan como banderas políticas con potencia para contribuir a transformar el presente con base en el

³² Sin desconocer la valía de los recursos expresivos utilizados por movimientos y organizaciones sociales que los precedieron, dejaban atrás vetustas formas organizativas y modalidades de expresión pública y planteaban desafíos a estrategias y modos de hacer política, concebidos como tradicionales en la izquierda.

³³ En muchas de ellas se aboga por la construcción de una política pública de la memoria que comprenda, entre otros aspectos, la satisfacción del derecho inalienable a la verdad, medidas de satisfacción frente a las vulneraciones graves de los derechos humanos y garantías de no repetición (Antequera, 2009a).

³⁴ En 2008, HeH realizó foros regionales en Barrancabermeja, Barranquilla, Medellín, Santa Marta y Bogotá, en los cuales el tema de la memoria se relacionó con educación, identidad, impunidad, partidos políticos y movimientos sociales. Su desarrollo y sus aprendizajes fueron plasmados en el libro de autoría colectiva, *De nuestras voces: memorias para un nuevo caminar*, 2009.

³⁵ La campaña que lleva el lema “Por más que les pese la memoria crece” enmarca gran parte de los trabajos de reconstrucción de memoria realizados por la agrupación. En 2008, “¿Tienes la memoria Chiquita?” fue la campaña que incentivó la conmemoración de los 80 años de la huelga y la masacre de las Bananeras. Durante el segundo semestre de 2011 se lanzaron las campañas “Para desaparecer la injusticia, aparece la memoria: ¿qué sabes de las y los 58.000 desaparecidos en Colombia?”, a cargo de HeH, junto con el video “¿A ti qué te produce la impunidad?”, realizado por el Colectivo Kinorama en 2011; “Los desaparecidos son de todos”, “Jaime Garzón a la alcaldía de Bogotá: la memoria al poder” y el video “12 años sin Jaime Garzón”, realizado por H.I.J.O.S Colombia; “La memoria y la verdad son nuestras cartas”, impulsada por la Mesa Escrache Bogotá, donde confluyeron H.I.J.O.S., movimientos de víctimas, organizaciones de derechos humanos y colectivos estudiantiles y artísticos.

³⁶ Como la pintura mural (a la que me referiré más adelante) y los videos, recurso ampliamente usado por una y otra agrupación, tanto para rendir homenajes como para hacer un registro de sus actividades.

³⁷ En América Latina se han vuelto comunes diversas expresiones performativas en protestas contra la represión y por las víctimas y la justicia como verdad, como las galerías de fotografías con nombres propios, las cartografías de la memoria, el teatro-documento, la puesta en escena de cuerpos ausentes, los performances (“Las novias quieren casarse... pero solo con la verdad”), el arte de señalización, los escraches y símbolos hechos acción (“lavar la bandera”), todos ellos concebidos como actos político-éticos, con una estética propia.

³⁸ Véase Taylor (2001 y 2005), Vich (2004), (Vich y Zavala) 2004, y Días Arias, (2006 y 2007).

pasado, al punto de “representar ‘la microfísica de la resistencia’ y no necesariamente la del poder” (Vich, 2004).

Durante las conmemoraciones³⁹ de “fechas infelices” (recordando a Jelin, 2002b), la disputa por el sentido del pasado no se presenta para resignificar rituales cívicos en fechas patrias, sino para construir un calendario que exprese temporalidades subjetivas al señalar momentos, cuyo sentido emblemático es otorgado por grupos locales o regionales afectados por procesos de victimización en contextos de luchas sociales y políticas.

Las prácticas conmemorativas han obligado a HeH a cuidar las maneras de poner en evidencia el dolor de las víctimas sin violentarlas y, a la vez, con base en ese sufrimiento, exigir justicia y denunciar la impunidad. La agrupación ha desplegado diversas formas expresivas para que el acontecimiento que se rememora en un espacio colectivo limitado a víctimas, familiares, amigos y testigos sea llevado a la esfera pública abierta, a fin de conferirle sentido histórico e intentar que sea compartido intersubjetivamente por sectores no directamente involucrados en él.

Hacer del ritual de la conmemoración un espacio para la reflexión “que configure un campo discursivo que reactive la dimensión política del acontecimiento emblemático” (Reguillo, 2006, 7) y pueda ser comprendido y apropiado por amplios sectores sociales y nuevas generaciones, son preocupaciones de HeH,

³⁹ Menciono algunas: 7 de noviembre de 2006: 21 aniversario de la desaparición de once personas en el Palacio de Justicia; 30 de agosto de 2006: día internacional de los detenidos desaparecidos, 19 aniversario de la desaparición forzada de Nydia Erika Bautista y homenaje a Jaime Gómez, historiador y asesor de Piedad Córdoba, desaparecido en mayo de 2006; 3 de junio de 2007, El Castillo (Meta): 15 años de la matanza de Caño Sibao (Granada), en la que fueron asesinados María Mercedes Méndez de García, Rosa Peña, William Ocampo, Ernesto Zaralde y Armando Sandoval; 18 de mayo de 2007, 10º aniversario del asesinato de Mario Calderón y Elsa Alvarado, investigadores del Cinep; 10 de diciembre de 2007, Medellín: 20 años de la retención, desaparición, tortura y asesinato de Francisco Gaviria, estudiante de la Universidad de Antioquia y militante de la Unión Patriótica; 18 a 20 de enero de 2008: toma cultural de Barrancabermeja en homenaje a Manuel Gustavo Chacón, a veinte años de su asesinato; 16 de mayo de 2008, Barrancabermeja: diez años de la masacre cometida el 16 de mayo de 1998 en la Comuna 7; 5 y 6 de diciembre de 2008, Ciénaga: 80 años de la huelga y la masacre de las Bananeras.

que exigen sostener el sirirí, recalcar sobre los nombres, sobre los testimonios, sobre lo ocurrido (Henríquez, 2009, 58), para que el sentido de la conmemoración se instale en la sociedad, para que el recuerdo alcance una escala superior.

En las conmemoraciones se libra ardua batalla por reivindicar a los seres próximos, cotidianos y, a la vez, denunciar eventos cargados de violencia y barbarie, todo ello por encima de héroes y actos heroicos, construidos por la historia patria, que se aprende en la escuela y se transmite de generación en generación. Esta lucha, entonces, cuestiona la enseñanza patriótica dirigida hacia la formación de la identidad nacional y discute la ideología que legitima el orden existente, “reconforta el yo de los grupos dominantes” (Ricœur, 1989, 292), se transfiere a través de esas narraciones de historia patria y es pautada por el ritmo de las fiestas patrias. Tales efemérides⁴⁰ son ceremonias que reiteran “acontecimientos fundadores” de la nación y el Estado, atados a una forma de dominación del proyecto de significación del pasado (Díaz Arias, 2006-2007).

En las conmemoraciones también hay una disputa por los “lugares de la memoria”. Si las fiestas patrias tienen sus propios escenarios, donde los grupos hegemónicos hacen que la sociedad se ofrezca a sí misma el espectáculo de su origen, en las conmemoraciones de fechas infelices los escenarios de la performatividad señalan puntos y recorridos de la geografía del lugar marcados porque allí se desarrollaron los hechos que se denuncian.

Referimos en seguida algunas de las estrategias performativas a las que ha recurrido HeH y que habitualmente se despliegan de manera conjunta.

Las galerías de la memoria exponen fotografías de personas y de acontecimientos, recortes de prensa y documentos, como símbolos de las pérdidas sufridas y de los eventos de barbarie. HeH ha escrito textos para acompañar las

⁴⁰ Estas preceden y refuerzan las lecciones de historia patria porque, antes de tomarlas, los infantes son involucrados en ritos de conmemoraciones patrias, que celebran la victoria de héroes capaces de morir y matar por la patria y de destruir a los otros, suficientemente distorsionados como enemigos y por lo tanto dignos de aniquilación (Carretero, 2007, 171 y 220).

fotografías de los seres queridos desaparecidos o asesinados, y en algunos casos ha utilizado la primera persona para “dejar oír” la voz de quien está allí retratado; en otros, ha recurrido a poemas o canciones de autoría de las víctimas.

Si bien las fotografías no son la encarnación de la memoria, ya hacen parte de nuestro lenguaje simbólico, como puede apreciarse en el vestuario y las pancartas de familiares de víctimas y organizaciones de derechos humanos que aparecen en plantones y marchas. Ellas son herramientas para las luchas por el recuerdo, en la medida en que las imágenes congeladas en las fotografías operan como “huella innegable de algo que ha sido”, provocan efecto emocional respecto de lo que está representado en ellas, ponen en la posición de testigos a quienes miran las fotos y, así, amplían la colectividad del “nosotros”, de quienes deben recordar para no repetir (Langland, 2005).

Las cartografías de la memoria elaboradas por HeH muestran que sus actos de memoria sí están anclados a lugares y territorios, que ciertos espacios tienen un peso geocultural en la afirmación de recuerdos y subjetividades en pugna (Sandoval, 2006). Su propuesta de cartografía implica reconstruir, mediante imágenes y objetos múltiples, memorias que recorren diversos espacios, con el objeto de restablecer la articulación de la memoria histórica de esos lugares con la de la nación (Morales, s.f.). En el foro por la memoria llevado a cabo en Barrancabermeja en mayo de 2008 se confirmó la potencia de este dispositivo para relacionar conflicto, impunidad, poder y región.

Las galerías y cartografías de la memoria, como recuerdos de eventos capturados por fotos e imágenes de archivo y artefactos (memoria-objeto), en ocasiones se han acompañado de performances, como acciones destinadas a *hacer recordar* (memoria-sujeto). Nelly Richard rescata el valor de esta doble operación de la memoria:

“Intercalar lo histórico social (la memoria-objeto) y lo individual-subjetivo (la memoria-sujeto) permite mostrar cruces de sentidos diversos entre el pasado historizado oficialmente y las reescrituras vivientes de cada memoria personal.

Así, es posible reconectar el desgarramiento histórico con la carnalidad del recuerdo. Es una manera de descongelar el pasado en quienes lo resucitan vivencialmente” (Richard, 2005, 126).

Las intervenciones estético-políticas en el espacio urbano han sido realizadas, la mayoría de ocasiones, con colectivos artísticos. Priman los trabajos gráficos que dejan huella de los modos particulares de entender el pasado en paredes, andenes y calzadas, con la intención de marcar un determinado espacio. Los sentidos de estas marcas materiales en lugares públicos son apropiados y dotados de nueva significación por diversos actores sociales, gracias a que su mensaje (que incorpora imágenes y textos) es sintético y directo, dada su pretensión de aumentar la conciencia pública sobre olvidos impuestos.

Ahora bien, como ocurre con toda marca artística dejada sobre paredes públicas, tales intervenciones tienen una vida efímera. Su valor reside, obviamente, en el producto estético que habla de una batalla por la memoria, pero sobre todo en el mismo proceso de realización de la obra, porque se pretende que sea una práctica colectiva, que involucre a diversos y heterogéneos transeúntes y los haga partícipes de las causas y reivindicaciones defendidas, mediante la información transmitida a través de murales, cuerpos ausentes y performances.

Generalmente las conmemoraciones se acompañan con la elaboración de murales (por ejemplo, en Bogotá: 12 años sin Jaime [Garzón]; Nydia Erika [Bautista], mariposa, tu lucha vuela hacia la libertad; en Barrancabermeja: Por más que les pese, la memoria crece, [Manuel Gustavo] Chacón; en Ciénaga: ¿Tienes la memoria Chiquita?) y la realización de performances que pretendan involucrar a los transeúntes (“¿Sabe dónde está?, pregunta una mujer que lleva la fotografía de un(a) desaparecido(a), o las señales de tránsito que dicen “Pare: impunidad”, y al reverso: “Siga: justicia”).

Las marchas-fiesta, llamadas así porque a manifestaciones y desfiles, hasta hace tan poco tristes y acartonados, se les han venido imprimiendo un carácter festivo, al acompañarlos con tambores, con la idea de que las luchas

pueden estar llenas de alegría y esperanza. Y es que la música ha sido compañera de muchos de los miembros de HeH, desde antes de hacer parte de la agrupación. “Sistema Sonoro Skartel” y “El Furibundo” son dos grupos musicales que tienen entre sus miembros a hijos de víctimas y que en sus conciertos han contribuido a contar sus historias y a reivindicar los proyectos de sus padres. El día del lanzamiento de HeH, una de sus madrinas, teatrera ella, los invitó a politizar la música y musicalizar la política, llamado que han atendido.

Para HeH, innovar las estrategias de movilización, denuncia y participación política ha significado apartarse de la instrumentalización del arte y reconocer la potencialidad de los dispositivos y estrategias performativos, ya probada en otros países del continente en las luchas por la memoria y contra la impunidad.

La fortaleza de los eventos performativos reside en que ponen en juego diversos modos de decir, representar y metaforizar un acontecimiento, al que se intenta dotar de inteligibilidad histórica y de visibilidad mediante estrategias simbólicas que, más que recordar, *hacen recordar*, vitalizan los recuerdos al corporeizar la narrativa de la memoria. La potencia articuladora y eventualmente transformadora del ritual performativo reside en que habla en el registro de lo no enunciado, en que hace un llamado a una emoción que resulta “indecible” en el lenguaje oficioso de la política, al romper los límites del texto de la política (o las camisas de fuerza que impone el poder de la palabra en la política). Pero eso no significa que la expresión performativa constituya un lenguaje residual o una gramática “por defecto” (Reguillo, 2006).

Los trabajos de memoria emprendidos por HeH, significativos por la intención expresa que los guía (la redignificación de sus padres y madres y de sus compañeros que, de manera comprometida, lucharon por la construcción de un mundo más justo, la explicitación de los contextos en los cuales actuaron políticamente y la denuncia de la persistente impunidad), adquieren una dimensión mayor cuando se advierte que ellos han estado encaminados a luchar contra una memoria única, nacional, homogeneizadora que, legítima y pretende perpetuar la dominación.

La pugna contra aquella “memoria salvadora” –que termina siendo un consenso narrativo–, construida autoritariamente sobre la violencia política (Sandoval, 2006, 125), desafía las dificultades sociales para asimilar tanto eventos históricos conflictivos –de los que no se habla, se olvidan, omiten o tergiversan en pos de la “pacificación” o para perpetuar los mitos históricos oficiales–, como el pasado reciente, traumático, plagado de hechos que rompen los marcos del proyecto estatal y societal anunciado y contradicen los valores de la ciudadanía democrática.

Durante el lustro de vida de la organización, HeH se ha configurado como espacio de productores de memorias y representaciones colectivas que ponen en evidencia sus reflexiones y análisis sobre el sentido del pasado y sus repercusiones en el presente. Sus acciones pretenden configurar lo que Rosana Reguillo ha denominado una “política del recuerdo”: la articulación de voluntades históricas, intersubjetivas e intencionadas que configuran saberes y emociones, construyen sentido y valor, organizan un campo discursivo y engendran prácticas para resignificar un acontecimiento abierto a la reinterpretación y por consiguiente contrario a toda significación total y clausurada (Reguillo, 2006, 2). Pero todavía se sabe poco de la manera como son leídos, comprendidos y apropiados por el público estos relatos que sacan a la luz recuerdos subterráneos, ocultados, injuriados, disgregados, heridos, mutilados

*“Nombrar el pasado nos da la ilusión de domesticarlo...
[pero] no basta con recordar para resistirse a los poderes dominantes”.*
(Isabel Piper, ¿Olvidar o recordar?)

Bibliografía

Achúgar, Hugo, 2003. “El lugar de la memoria, a propósito de monumentos (motivos y paréntesis)”, en Jelin, Elizabeth y Langland, Victoria, compiladoras, *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Madrid, Siglo XXI y Nueva York, Social Science Research Council, pp. 191-216.

Aguilar, Paloma, 2008, *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza.

Álvarez, Camilo y Pedraza, Oscar, 2009, “Pausa de un relato en construcción constante”, en HeH, *De nuestras voces: Memorias para un nuevo caminar*, Bogotá, Hij@s Colombia/Unión Europea/Project Counselling Service, pp. 29-40.

Antequera, José, 2009a. “Por una política pública de la memoria”, en HeH, *De nuestras voces: memorias para un nuevo caminar*, Bogotá, Hij@s Colombia/Unión Europea/Project Counselling Service, pp. 20-26.

-----, 2009b, “El momento actual de la reactivación de la memoria en Colombia”, en HeH, *De nuestras voces: Memorias para un nuevo caminar*, Bogotá, Hij@s Colombia/Unión Europea/Project Counselling Service, pp. 93-104.

Arellana, Erik y Chacón, Marco, 2011, Entrevista en el programa “Hablemos Algo”, de *Contagioradio.com*, 14 de julio.

Aróstegui, Julio, 2004, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza.

Arregi, Joseba, 2004, “Memoria, olvido, institución”, en *El valor de la palabra*, no. 4, pp. 25-40.

-----, 2011, “Enterrar a los muertos”, en *El Mundo*, 2 de junio.

Benjamin, Walter, 1991, *El narrador*, Madrid, Taurus, [1936].

-----, 2004, “Tesis XVI”, en *Tesis sobre la historia: apuntes, notas, variantes y otros fragmentos*, México, Contrahistorias.

Bonaldi, Pablo, 2006, “Hijos de desaparecidos. Entre la construcción de la política y la construcción de la memoria”, en Jelin, Elizabeth y Sempol, Diego, compiladoras, *El pasado en el futuro de los movimientos juveniles*, Buenos Aires, Siglo XXI, Nueva York, Social Science Research Council, pp. 143-184.

Burke, Peter, *Varieties of Cultural History*, Ithaca, Cornell University Press, 1997.

Calveiro, Pilar, 2006, “Los usos políticos de la memoria”, en Caetano, Gerardo, compilador, *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta*, Buenos Aires, Clacso, pp. 359-382.

Candau, Jöel, 2002, *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Carretero, Mario, 2007, *Documentos de identidad. La construcción de la memoria histórica en un mundo global*, Buenos Aires, Paidós.

Castro, Graciela, 2007, “Jóvenes: la identidad social y la construcción de la memoria”, en *Última Década*, no. 26.

Das, Veena, 2008, “En la región del rumor”, en Ortega, Francisco, editor, *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad*, Bogotá, Pensar, Universidad Javeriana/CES/ Universidad Nacional, pp. 95-144.

Díaz Arias, David, 2006-2007, “Memoria colectiva y ceremonias conmemorativas. Una aproximación teórica”, en *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, vol. 7, no. 2, septiembre-febrero, Escuela de Historia de la Universidad de Costa Rica.

Chacón, Manuel [hijo], 2008, “Declaración homenaje a Manuel Gustavo Chacón”, disponible en <http://pormasquelespeselamemoriacrece.blogspot.com>, 2 de enero.

Figuerola, Mario, 2009, “Recuerdo y escritura. A propósito de la masacre de las Bananeras en García Márquez”, en Archila, Mauricio y Torres Cendales, Leidy, editores, *Bananeras: huelga y masacre. 80 años*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, pp. 73-192.

Foucault, Michel, 1995, “Política y ética. Una entrevista”, en *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, no. 22.

Gavira, Alejandra; Umaña, Nadia; Pedraza, Oscar; Álvarez, Camilo; Gaviria,

Manuela y Antequera, José, s.f., “La memoria, la política, la academia”, en *Revista de Expresión Cultural El Salmón*, Ibagué.

Gillis, John R., 1996, “Memoria e identidad: la historia de una relación”, en Gillis, John, editor, *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton University Press.

Gómez, Diana; Chaparro, Daniel; Antequera, José y Pedraza, Oscar, 2007, “Para no olvidar: Hijos e hijas por la memoria y contra la impunidad. Documento inaugural”, en *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, no. 4, Universidad de los Andes, enero-junio.

González Alcantud, José Antonio, 2000, *Políticas del sentido. Los combates por la significación en la postmodernidad*, Barcelona, Anthropos.

Halbwachs, Maurice, 2004, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos.

Henríquez, Nadiezhda, 2009, “Apuntes para la problematización de la idea de memoria colectiva como derecho humano”, en *De nuestras voces: memorias para un nuevo caminar*, Bogotá, Hij@s Colombia/Unión Europea/Project Counselling Service, pp. 47-58.

Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad, s.f. a, “Caracterización” (documento interno).

-----, s.f. b, “Caracterización sicosocial 1” (documento interno).

-----, s.f., “Por nuestra memoria”, disponible en www.movimientonacionaldevictimitas.org

-----, 2006a, “Hijos e Hijas somos todos. No renunciemos a la paz”, Comunicado de prensa.

-----, 2006b, “Lanzamiento público de Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad”, 8 de julio.

- , 2006c, “Hij@s”, Presentación Lanzamiento, Video.
- , 2007a, “Carta a Mario Calderón y Elsa Alvarado”, en la conmemoración del 10° aniversario de su asesinato, Bogotá, 18 de mayo.
- , 2007b, “Conjunto de propuestas por la verdad, justicia y reparación colectivas desde una mirada generacional”, Ponencia presentada en el Encuentro Nacional de Víctimas Pertenecientes a Organizaciones Sociales, Bogotá, 26, 27 y 28 de julio.
- , 2008a, “Foros por el derecho a la memoria”, en www.hijoscolombia.org
- , 2008b, “Saludo al lanzamiento público de Hijos e Hijas, Santa Marta”, 24 de junio.
- , 2008c, “Comunicado público: A la dignidad de Guillermo Rivera”, 23 de julio.
- , 2008d, “Y para ti, ¿qué es la memoria?”, video realizado por Hij@s Colombia en el marco de los foros por la memoria.
- , 2009, *De nuestras voces: memorias para un nuevo caminar*, Bogotá, Hij@s Colombia/Unión Europea/Project Counselling Service.
- Huyssen, Andreas, 2002, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica/Goethe Institut.
- Jelin, Elizabeth, 2002a, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth, compiladora, 2002b, *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas ‘in-felices’*, Madrid, Siglo XXI/Nueva York, Social Science Research Council.
- , y Sempol, Diego (comps.), 2006. *El pasado en el futuro de los movimientos juveniles*, Buenos Aires, Siglo XXI/Nueva York, Social Science Research Council.

Kaufman, Susana, 2006, "Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias", en Jelin, Elizabeth y Kaufman, Susana, compiladoras, *Subjetividad y figuras de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI/Nueva York, Social Science Research Council, pp. 47-71.

Langland, Victoria, 2005, "Fotografía y memoria", en Jelin, Elizabeth y Longoni, Ana, compiladoras, *Escritura, imágenes y escenarios ante la represión*, Madrid, Siglo XXI/Nueva York, Social Science Research Council, pp. 87-92.

Lechner, Norbert y Güell, Pedro, 2006, "La construcción social de las memorias en la transición chilena", en Jelin, Elizabeth y Kaufman, Susana, compiladoras, *Subjetividad y figuras de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI/Nueva York, Social Science Research Council, pp. 17-46, [1998].

Leyva, Xochitl y Speed, Shannon, 2008, "Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor", en Leyva, Xochitl; Burguete, Aracely y Speed, Shannon, coordinadores, *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*, México, Ciesas y Flacso Guatemala y Ecuador.

Mannheim, Karl, 1993, "El problema de las generaciones", en *Reis*, no. 62, pp. 193-242.

Mejía, Marco Raúl y Pérez, Diego, 1996, *De calles y parches, galladas y escuelas. Transformación en los procesos de socialización de los jóvenes hoy*, Bogotá, Cinep.

Morales, Sandi, s.f., "Cartografía de la memoria", mimeo.

Méndez, Juan, 2007, "El derecho humano a la verdad. Lecciones de las experiencias latinoamericanas de relato de la verdad", en Pérotin-Dumon, Anne, directora, *Historizar el pasado vivo en América Latina*, sin ciudad, Alpha Estudio.

Oberti, Alejandra, 2006, "La memoria y sus sombras", en Jelin, Elizabeth y Kaufman, Susana, compiladoras, *Subjetividad y figuras de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI / Nueva York, Social Science Research Council, pp. 73-109.

Oriol Costa, Pere, 1996, *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Barcelona, Paidós.

Pedrazzini, Yves y Sánchez, Magali, 1992, *Malandros, bandas y niños e la calle. Cultura de la urgencia en la metrópoli latinoamericana*, Valencia-Caracas, Vadell Hermanos Editores.

Piper Shafir, Isabel, editora, 2005. *Memoria y derechos humanos: ¿prácticas de dominación o resistencia?*, Santiago de Chile, Universidad Arcis/Clacso.

Planeta Paz, 2006, “Lanzamiento del movimiento Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad”, en *Planeta informa*, no. 126, julio.

Pnud, 2008, “Los hijos e hijas de un pasado que pide verdad y memoria”, en *Hechos del Callejón*, no. 33, 4 de marzo, pp. 14 y 15.

Reguillo, Rossana, 2000, *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Bogotá, Norma.

-----, 2006, “Memorias, performatividad y catástrofes: ciudad interrumpida”, en *Contratexto*, año 3, no. 4, mayo.

Reyes Mate, Manuel, 2008, *Justicia de las víctimas. Terrorismo, memoria, reconciliación*, Barcelona, Anthropos.

Riaño, Pilar, 2006, *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín. Una antropología del recuerdo y el olvido*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia/Bogotá, Icanh.

Ricœur, Paul, 1989, *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa.

Richard, Nelly, 2005, “Con motivo del 11 de septiembre. Notas sobre *La memoria obstinada* (1996), de Patricio Guzmán”, en Jelin, Elizabeth y Longoni, Ana, compiladoras, *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*, Madrid, Siglo XXI y Nueva York, Social Science Research Council, pp. 121-129.

Sandoval, Pablo, 2006, "El olvido está lleno de memoria. Juventud universitaria y violencia política en el Perú", en Jelin, Elizabeth y Sempol, Diego, compiladores, *El pasado en el futuro de los movimientos juveniles*, Buenos Aires, Siglo XXI y Nueva York, Social Science Research Council, pp.105-136.

Sarlo, Beatriz, 2006, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, México, Siglo XXI.

Sempol, Pablo, 2006, "HIJOS Uruguay. Identidad, protesta social y memoria generacional", en Jelin, Elizabeth y Sempol, Diego, compiladores, *El pasado en el futuro de los movimientos juveniles*, Buenos Aires, Siglo XXI y Nueva York, Social Science Research Council, pp. 185-219.

Taylor, Diana, 2001. "El espectáculo de la memoria: trauma, performance y política", en *Teatro al sur*, Córdoba, Argentina.

-----, 2005, *The Archive and the Repertoire. Performing Cultural Memory in the Americas*, Durham, Duke University Press.

-----, 2009, "Hacia una definición de performance", en Vignolo, Paolo, editor, *Ciudadanías en escena. Performance y derechos culturales en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Todorov, Tzvetan, 2008. *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós.

Vich, Víctor, 2004, "Desobediencia simbólica. Performance, participación y política al final de la dictadura fujimorista", en Grimson, Alejandro, compilador, *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso.

Vich, Víctor y Zavala, Virginia, 2004, *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas*, Bogotá, Norma.

Zibecchi, Raúl, 2003, *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Buenos Aires, Letra Libre y Montevideo, Nordan-Comunidad.